

Norberta y sus dos espejos



Adileth Márquez Díaz
Ilustrado por David Dávila



República del Ecuador de Norberta
Fundación Editorial
elperroylarana

De
Géneros



© Adileth Márquez Díaz

© Fundación Editorial El perro y la rana ,2016

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399.

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web:

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro

Instagram: editorialperroyrana

Facebook: Editorial perro rana

Youtube: Editorial El perro y la rana

Soundcloud: perroyranalibro

Google+: Editorial El perro y la rana

Edición: Enrique González Atay

Corrección: Yesenia Galindo

Ilustraciones: David Dávila

Diseño y diagramación: César Mosquera

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC 2016001520

ISBN 978-980-14-3650-8

PRESENTACIÓN

Corrompido, degradado, depravado, envilecido, vicioso, pervertido, son algunos de los sinónimos de lo degenerado. Desde la Fundación Editorial El perro y la rana hemos tomado este nombre no solo como provocación para identificar esta biblioteca, sino para exponer la variedad de manifestaciones de lo “femenino” que diariamente se confrontan con la norma social del género creando relaciones de opresión y discriminación.

Nuestra propuesta es ampliar el tratamiento de los “asuntos de la mujer” para abordar lo más posible las luchas contra las situaciones de violencia y dominación-explotación, sobre todo lo que está fuera del modelo del hombre-blanco-heterosexual-burgués.

De tal modo, esta biblioteca apunta a las reflexiones en torno al reconocimiento de la diversidad de géneros, incluyendo los planteamientos de nuevas masculinidades, feminismo y sexo género diversidad enfocados en las particularidades de cada frente, pero transversalizados todos por las luchas de clases.

La Biblioteca DeGéneros, en sus tres series: DeVelar, DeConstruir y DesAprender, tiene como intención seguir fortaleciendo las discusiones y aportes desde el poder popular, ahí, donde la construcción de un modelo antipatriarcal es posible gracias a la participación política y protagónica de los pueblos.

Serie DeVelar

El patriarcado, con su reducción binaria del mundo, ha impuesto un grueso velo sobre la multiplicidad de vivencias que trascienden los límites de los roles de género. Esta serie se propone recoger y difundir historias de hombres y mujeres que ofrecen sus voces como aporte a la construcción de una sociedad libre de la lógica patriarcal. Este espacio reúne testimonios, biografías, sistematizaciones de experiencias individuales y colectivas sobre lo vivido y atestiguado, sobre lo deconstruido y desaprendido, pero también sobre lo edificado y conocido.

Norberta y sus dos espejos

Adileth Márquez Díaz

Ilustrado por
David Dávila

Es un día feliz. He encontrado a un hombre maravilloso que me colma de tantas atenciones, envolviéndome con su ternura y su desmedido interés por los niños. Sin darme cuenta siquiera, ya compartimos un mismo espacio con nuestra ropa intercalándose en el armario. Es así. Una ligera atracción se desborda complementándose con una especie de "estar en el aire" que me hace sentir bien. Él se ha ido a trabajar, casi no lo dejo ir, casi me lleva consigo; todo el día lo esperaré ansiosa. Tengo una nueva peinadora en forma de corazón, es preciosa y compagina con la dulce tranquilidad del hogar de Julián: dos habitaciones, un baño, una sala y una cocina. El mobiliario es nulo, con excepción de un sofá que forma parte de un juego con dos muebles muy bien guardados en una de las habitaciones. ¡Y allí están mis grandes amigos: mis dos pequeños espejos encima de la peinadora!

Día 1

Uno con su estricta madurez, cargado de perfección y un sentido del deber extremo, siempre tan serio –una buena coraza para ocultar sus miedos–. El otro tan jovial, sencillo y fresco, con esa libertad característica de las aves en los montes, soñador, alegre y parlanchín. Siempre mostrando su continua sonrisa.

—¿Cómo están mis buenos amigos? Ya pudieron observar a mi Julián: atento, tierno, pleno de amor por los niños. ¡Estoy segura que lo amo mucho!

—Mi pequeña Norberta, me alegra verte tan feliz. Sonríes hermosa. Enciendes la música... bailas por toda la sala. Él debe saber que tú iluminas esta casa –dijo el espejo rosa.

—También me alegra verte feliz Norberta, pero no le dijiste a Julián si podías usar sus cosas. Debes ser respetuosa, espera a que él llegue y le preguntas. Eso hace una buena mujer. ¡Recuérdalo!

—Así lo haré, mi querido espejo gris –acordó Norberta, con una hermosa sonrisa en su rostro.

—El espejo gris tiene razón: debo ser más respetuosa, quizás no deba reírme tanto –pensó y miró a su espejo rosa, el soñador, y se sumergió por un momento en la transparencia de su reflejo.

—Ya no sonríes –hizo una señal hacia el otro lado de la peinadora–. Tu otro amigo siempre te quita la sonrisa.

—¿Te refieres a mí? –replicó el espejo gris molesto.

—A ti mismo me refiero. No conozco a otro que desaparezca la sonrisa de mi niña en un segundo –contestó el espejo rosa muy a la defensiva.

Norberta acarició a ambos con extrema delicadeza:

—No peleen. Tranquilos –cerró los ojos por un instante–. Yo sé, espejo gris, que tú tienes razón, debo guardar mi compostura.

—¡Ay, por favor, Norberta! No le hagas tanto caso a este. Debes guardar la compostura, no convertirte en una monja.

—No puedo continuar conversando con ustedes. Voy a comenzar con los quehaceres para luego preparar mi clase. Por la noche llega el grupo y debo estar preparada.

—Recuerda atender a tu marido, Norberta, quizás debas dejar de trabajar: eso hace una buena mujer —dijo el espejo gris.

Esperaba la llegada de Julián... ¡y llegó! Los dos se besaron. Las horas habían transcurrido aprisa, los niños ya dormían. Ella sirvió la comida: puso un sencillo mantel y el pastel de arroz, que adornó con una hojita de cilantro. Ella le observó comer con avidez mientras le contaba detalles de su día de constructor. Julián terminó, tomó un baño y, luego de recibir de las sutiles manos femeninas un ligero masaje, se dedicaron a amarse hasta muy entrada la madrugada.

Días 2, 3, 4, 5, 6...

Días maravillosos que solo se vieron opacados por un hilillo de celos infundados que excitaban más a Norberta. Si bien era cierto que esto había ocurrido repetidas veces, ella sonreía y callaba: sugerencia de su sabio amigo, el espejo gris.

Día 65

Julián no lograba dominar sus celos, le parecía ver a su amada envuelta en los brazos del coordinador de las clases que daba Norberta en una escuela nocturna. Una imagen se repetía en su mente una y otra vez, fruto de su obsesionada mente. Ya aquello no excitaba a Norberta; le provocaba una gran incomodidad que ocultaba porque debía ser “una buena mujer”. Las insinuaciones de Julián respecto a otros hombres eran cada día más frecuentes y se sentían como un cuchillo atravesando su corazón. Sin embargo, ella solo callaba.

—Voy a una reunión en la escuela, Julián. Regreso a las 8 p.m.

—¿Y qué, te vas a encontrar con Euclides allí!? —preguntó irónico.

—No, simplemente estaré en la reunión –contestó Norberta muy triste.

—Pero igual lo vas a ver. Yo he visto cómo te mira y siempre te llama.

—Es mi coordinador, tiene que hacerlo.

—¡Ya vete para tu reunión! –gritó malhumorado.

Adentro los espejos escucharon:

—¿Ves? Norberta hizo molestar al marido. ¿Cuándo aprenderá que una buena mujer debe callar?

—Cállate, espejo gris. Ella es una buena mujer –la defendió el espejo rosa.

—No es tan buena si no permanece callada y sumisa.

Ambos, en silencio, escucharon los pasos de Norberta acercándose a la puerta de la habitación, les hizo una leve señal de despedida con su mano y se fue.

Día 98

Julián llegó muy irritado. Se quitó la braga de mala gana, lanzando un par de improperios, sin embargo, sacó una torta pequeña de un reducido empaque y se la dio. Ella la tomó y se la llevó a la cocina. Se atrevió a preguntar:

—¿Por qué estás así? ¿Pasó algo en tu trabajo?

—Pasó que me dijeron lo que hiciste hoy en la plaza: estabas con el marido de tu tía comiendo un helado...

—Mi tía también estaba allí –se defendió Norberta.

—No me interesa. Nada haces tú con ese hombre, por eso vas a casa de tu tía siempre para verlo a él –afirmó.

—¿Qué dices?

—Tú sabes, no te hagas la tonta.

Norberta calló. Fingió tener la necesidad de ir al baño para estar a solas un momento. Los niños habían escuchado todo.

—Mamá, mamá –alguien tocó la puerta–, voy a hacer pis –era su hija.

La madre abrió la puerta y salió aún secándose las lágrimas. Julián observó aquello y se sintió un poco avergonzado. La niña volvió a su cuarto. Una mezcla de desilusión y desconcierto se agolpaba en el pecho de Norberta. Se sintió mal. Cada palabra de su marido ahora era hiriente y la catapultaba a una profunda incertidumbre: ¿era ella quien lo estaba haciendo mal? Él, por su parte, procuró el acercamiento. Rodeó con sus brazos la cintura de ella y la empujó hacia la habitación:

—No llores. Ya, vamos a la cama, anda. Quiero... tú sabes qué quiero.

Ella no objetó una palabra. Solo recordaba constantemente sus frases, una tras otra, mientras él satisfacía sus deseos.

Día 127

La altitud de la pequeña casa le favorecía para refrescarla; sin embargo, el calor era asfixiante. El grupo al que Norberta le daba clases ya se marchaba. Recogió todas las cosas y se dispuso a guardarlas, pero Julián, quien también era su estudiante, la detuvo.

—¿Quién te llamó? –preguntó.

—¿Qué? –respondió inquieta.

—¿Que quién te llamó? No te hagas la tonta. Revisé tu teléfono y encontré una llamada. Llamé y me respondió un hombre.

—Pero, ¿por qué revisas mi teléfono? Eso no lo debes hacer.

—¿Por qué no? Soy tu marido. Debo saberlo todo: ¿qué haces?, ¿con quién estás?, ¿a dónde vas?, ¿quién te llama?, ¿qué tanto hablas con esa persona? Y duraste hablando bastante, hay veinte minutos de llamada. ¿Quién te llamó?

Norberta muy triste respondió:

—El papá de los niños.

—¿Y por qué hablaste tanto rato con él? ¿Lo extrañabas?

—¡Cállate! ¿Por qué me ofendes así? –lloró.

—Porque tú no respetas. Ese hombre llama y tú en vez de pasarle a los niños, te quedas hablando con él.

—Solo referente a los niños.

—Referente a los niños, verdad que sí. ¿No ves que yo soy idiota?

—No puedes insinuar una relación con todos los hombres que me llaman, con mis compañeros de trabajo, hasta con tus amigos me has involucrado.

—Yo no tengo amigos. Conocidos nada más. No confío en nadie –dijo Julián.

—¡Ni siquiera en mí!

—Tú me das motivo para desconfiar. De ahora en adelante toda llamada que llegue, yo la voy a contestar primero.

—Ni se te ocurra avergonzarme así.

—¿Por qué no quieres que conteste?! –se alteró.

En ese momento, los niños salieron: la niña de cuatro años, y los niños de nueve y cinco.

—Vuelvan a la habitación, mis amores, anden. Cierren la puerta, no pasa nada –dijo Norberta.

—No quieres que conteste porque algo te traes con ese papá de los niños. ¿Todavía lo quieres?, ¡dime!

—No grites, por favor, vas asustar a mis niños.

La empujó hacia la otra habitación y cerró la puerta con fuerza.

—¡Tú a mí no me engañas! ¡Eres una perra! –Julián la sacudió con violencia.

Los espejos contemplaron aterrorizados la escena sin poder ayudar a Norberta quien lloraba copiosamente intentando zafarse de los brazos de Julián. Forcejearon, cayeron sobre el mueble y él, tratando de no dejarla ir, raspó su mano con la pared produciéndole una escara a Norberta.

—¡Déjame! ¡Suéltame!

—¡Dime la verdad! –gritaba Julián.

—¡Suéltame! –como pudo, Norberta se soltó y corrió al baño para encerrarse.

—¡Abre esa maldita puerta, Norberta!

—¡No! ¡Vete! ¡No me vas a maltratar más!

—¡Que la abras, te digo! —le dio una patada a la puerta abriéndola al instante.

Norberta, del otro lado, recibió el portazo. La tomó del brazo y llevándola a la cama la despojó de su ropa y la obligó a tener relaciones sexuales. La mujer no paraba de llorar. Una profunda sensación de humillación se apoderó de ella. Tomó la ropa del piso, volvió al baño, abrió la regadera y, colocándose debajo, dejó que el agua rodara por su cuerpo confundándose con sus lágrimas. Quiso huir, escapar, no volver a esa habitación nunca más... pero sus hijos la llamaron:

—Mamá, mamá, ¿estás ahí?, mamá.

Norberta cerró la regadera y, tomando un paño, se cubrió mientras salía al encuentro de los niños. Los abrazó con fuerza. Esa noche durmió junto a ellos.

Día 146

Alguien llamó a la puerta. La vecina le llevó unas cebollas, quiso entablar conversación con Norberta, pero esta hábilmente evadió la intención y dio por terminada la minúscula plática. Corrió a su cuarto y sentada frente a su peinadora, lloró amargamente.

—¡Mi niña! ¡Mi niña no llores!

—Quisiera irme lejos —dijo entre sollozos—, me iré lejos, ya lo he decidido.

—¿De qué hablas, Norberta? Nada de eso. Debes esperar —propuso el espejo gris.

—No esperes nada, mi niña, aléjate de él. Mira cómo maltrató tus manos. ¡Qué horribles cosas te gritó! —dijo el espejo rosa.

—¡No sabes lo que dices! Este es su hogar. Ella debe permanecer aquí, con él y soportarlo todo. Así son las parejas. Hoy se pelean, mañana están contentas. ¿O no ves lo que hizo al final? Te amó...

—No digas estupideces, mi querido amigo. Ahora sí perdiste toda proporción. Eso fue aberrante –dijo categóricamente el espejo rosa.

—Yo... no quería... me sentía tan mal... después de cómo me trató... –las lágrimas bañaban su rostro.

—Tranquila, mi niña. No debiste aceptar, debiste luchar para no estar con él en ese momento.

—¡Cállate, espejo rosa! ¡No hablas nada maduro! Norberta no es una niña y Julián es su marido. Debe ser una buena mujer.

—¡Ya no me vengas con eso de la “buena mujer”! –replicó el otro espejo—. ¿No ves cómo la hiere por dentro y por fuera?

—¡No te vas a ningún lado, Norberta! Sé sumisa y paciente, haz caso a tu marido en todo, muéstrale tu teléfono, déjale contestar tus llamadas...

—Pero es mi privacidad, mi espacio. Me siento ahogada. Él hace eso siempre, me esfuerzo por obedecer, por hacer las cosas bien y él solo piensa que lo engaño hasta llegar al punto de dejarme así –mostró la escara en la mano.

—Pues haz un esfuerzo para sobrellevarlo, olvida lo que pasó, sé paciente. Él te ama y va a cambiar –el espejo gris se mostraba optimista, aunque Norberta no mucho.

Día 215

Julián llegó temprano aunque ya el grupo había terminado sus clases nocturnas. Norberta hablaba con algunas de sus estudiantes afuera en la calle, frente a la casa de su marido. Él la llamó molesto:

—¡Norberta!

—Ya voy –contestó ella.

Continuó conversando muy inquieta con sus estudiantes. Las mujeres observaron esto, percibieron que algo andaba mal entre ellos. Él la volvió a llamar:

—¡Norberta! Ven acá.

—Ya voy –contestó de nuevo–. Siguió la conversación, mas un tercer llamado incomodó a las estudiantes.

—Profe, vaya, parece que su marido la necesita. No se preocupe, hablamos mañana en clase.

—Ok, está bien... y disculpen –dijo avergonzada.

—No se afane, el marido mío cuando llega de mal humor es igual –dijo una de ellas para que no se sintiera mal.

—El mío también –añadió otra.

—Y el mío, ni se diga. Hasta mañana, profe, que duerma bien. –Y le dijo muy de cerca–: Estoy a la orden para lo que sea y a cualquier hora, profe –le apretó el dorso de la mano.

Norberta la miró fijamente intuyendo en aquellas palabras la evidencia del conocimiento que tenían sus alumnas sobre su relación, aunque ella no les mencionara nada. Quizás habían percibido la poca comunicación con ellas –solo hablaban de asignaturas y notas–, la inquietud cuando llegaba Julián y la poca libertad que había en su forma de actuar. Se marcharon. Ella no tuvo más remedio que entrar.

Julián la esperaba molesto. Agitado, se paseaba en la sala. Los niños tenían hambre. Ella les sirvió la cena, comieron rápidamente el sándwich con queso y un vaso de leche, y se dispusieron a dormir. El niño mayor preguntó asustado:

—Mamá, ¿qué tiene Julián?

—Nada, mi amor –respondió tierna–. Él es así. Anda, duerme tranquilo. Ve con tus hermanos.

Al regresar a la sala Julián estalló:

—¡¿Qué hacías tú con todos esos hombres poniendo bombillos en toda la zona?! –preguntó furioso.

—Fue una orden de la coordinación –respondió Norberta asustada.

—¡Una orden!, ¡una orden! ¡¿O querías pasar el día con tu coordinador Euclides?! –

—Cálmate, Julián. No es así. Cálmate.

—¡Claro que es así! –lanzó los platos al piso de una sacudida–. ¡Es así! Eres una perra, estás conmigo y estás con todos.

—¡Ya basta! ¡Basta! ¡No más! ¡Basta!

Norberta salió de la casa para refugiarse en casa de su estudiante. Llamó desesperada a la puerta. Cuando la mujer abrió, la dejó entrar aprisa. Los niños habían salido del cuarto y la siguieron. Ella los abrazó llorando.

—¿Qué pasó? Cuénteme.

El esposo de la estudiante salió:

—¿Qué sucede? –preguntó al ver a la profesora allí–. ¿Cómo está profesora?

Norberta apenas si pudo contestar.

—La profe tiene un problema. ¿Nos podrías dejar a solas, por favor?

Se desahogó con ella, mas no como lo hacía con sus dos espejos.

—¡Mis dos espejos! –exclamó.

—¿Espejos? –preguntó la mujer extrañada.

—Mis espejos, los va a partir, está fuera de control, furioso, celoso...

—Cálmese, cálmese. Si los parte, se puede comprar otros, tranquila. Escuche, esta noche quédese con sus niños aquí. Ya traigo unas colchonetas y sábanas. Mañana será otro día.

Arregló todo. Norberta se acostó rodeada de sus hijos, pero no pudo dormir hasta bien entrada la madrugada.

Despertó. Ya sus hijos desayunaban en aquella enorme casa. La estudiante le dio un cepillo de dientes nuevo y luego de asearse un poco, se sentó a desayunar ante la insistencia de la mujer. Al terminar la joven, le preguntó:

—¿Qué va a hacer, profesora?

Norberta con voz muy baja dijo:

—Me voy.



Día 318

Norberta esperó a que Julián saliera a trabajar. Sus estudiantes la vieron partir, con sus hijos. Miró aquellos rincones con tristeza rememorando cada discusión, cada maltrato. Observó la cama, sintiendo rabia y dolor al mismo tiempo. Salió de la casa casi corriendo y se fue a casa de su tía.

Julián volvió a casa después de un arduo día de trabajo. Eran cerca de las seis de la tarde. Tocó varias veces y nadie abrió la puerta, así que decidió abrir con sus llaves. Llamó a su mujer, la buscó por toda la casa, llamó a los niños y descubrió los armarios vacíos: ¡se habían ido! Un escalofrío recorrió su cuerpo, colocó las manos sobre su cabeza y la desesperación se apoderó de él:

—¿A dónde te fuiste, mi amor? ¿A dónde? —lloró—. Perdóname, mami, yo... no debí tratarte así... todo este tiempo... pero es que te amo... ¡¿Dónde estás?!

Dio vueltas alrededor de la sala. Ni siquiera se quitó su braga y de pronto:

—¡Su tía! ¡Debe estar donde su tía!

Salió como una ráfaga. Le hizo seña a un mototaxi que se detuvo para recogerlo:

—A Los Pocitos, por favor, rápido.

—Para allá lo llevo, rápido.

No veía el momento de llegar, le invadía el temor de no encontrarla allí, de que se hubiera ido lejos. No podía ni pensar en no volver a verla.

Por fin llegaron. Tocó la puerta insistentemente, pero nadie salió. No había nadie allí. Sin embargo, insistió durante una hora hasta darse por vencido. Caminó por la angosta calle, sin rumbo, perdido, vacío. Se sintió culpable, se contuvo para no llorar. Volvió a mirar de lejos la casa con la esperanza de ver salir a alguien. Nadie salió. El chico de la moto se había ido.

—¡Se fue! ¡Todos se fueron!

Volvió a la urbanización La Caridad. Era un sector construido para ubicar a una parte de los damnificados del deslave de Vargas en 1999, muchas personas de La Guaira ahora residían allí aunque Julián compró la casa luego de haber trabajado en la Villa Olímpica de San Juan de los Morros. Un amigo lo vio venir y le saludó:

—¡Epa, Julián! ¿Cómo estás? ¿Y el trabajo qué? ¿Estás en Holcim todavía? ¿Ya te contrataron?

Le costó mucho ubicarse en la pregunta que le hacía:

—No, todavía no, estoy temporal. Vengo de allá, estoy lleno de cemento –respondió.

—Oye, pero saliste tarde, son casi las ocho –añadió el amigo.

—Es que me quede por ahí... hablamos luego. Voy a darme un baño, estoy cansado.

—Ok, ¿y la profe? –aquella pregunta le sacudió el pecho.

—Creo que está donde su tía. Bueno, nos vemos.

Su amigo, un vecino cercano, se dirigió a la esquina mientras él entró a su casa. Después de tanto tiempo volvía a estar vacía. Fue al cuarto de los niños, todavía le parecía escuchar sus risas. Se dirigió a su habitación, entró muy lentamente. Al abrir la puerta, sintió la soledad, esa profunda ausencia que inundaba la casa entera. Solo, se tiró sobre la cama y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, su corazón desfallecía; llamaba a Norberta, pero su teléfono estaba apagado. Ella no quería atenderlo. No percibió el tiempo que transcurría a pasos agigantados, le pareció apenas un momento y escuchó el cantar de un gallo. Había amanecido. No fue a trabajar. En los días sucesivos no salió de casa. Se encerró sin comer, en la oscuridad de aquella habitación donde fue feliz con ella. Su amigo tocaba la puerta con mucha insistencia, pero él no abría. Luego de dos semanas, por fin, Julián contestó. La cortina se movió mientras el vidrio de la ventana se abría lentamente:

—¿Qué pasó? ¿Qué quieres? –preguntó con voz apagada.

Julián tenía una copiosa barba, con grandes ojeras y un terrible aliento. Su rostro demacrado le daba un aspecto enfermizo.

—¿Qué tienes, amigo? –preguntó el hombre sorprendido.

—Nada, nada, ¿qué quieres, dime? –no quería ver a nadie.

—Mira, ¿no has ido a trabajar? Yo pensé que no estabas aquí, tengo días viendo esto cerrado –ya sabía de la partida de la profesora–. Mi mujer hizo sopa, te traje un poco.

Cerró la ventana. La puerta se abrió a medias para recibir el recipiente, pero bastó para que su amigo se diera cuenta del deprimente estado en el que se encontraba Julián: había ropa regada en el piso, con utensilios de cocina en el mueble y zapatos sobre el televisor. Los paquetes de arroz se mezclaban con la ropa. Le dio el arroz a su amigo:

—Llévate eso, yo no lo voy a usar.

—Dámelo, pues yo sí lo uso –rio como para animar a Julián—. Me voy para La Guaira mañana, a trabajar en la playa con mis hijos mayores; ya casi es carnaval y se hace buen dinero vendiendo protectores solares. ¿No quieres venirte conmigo? Trabajas allá unos días...

La propuesta fue música a los oídos de Julián. Deseaba salir de aquella casa, a cualquier lugar, estaba seguro de que donde fuera, estaría mejor que allí. Se estaba consumiendo. No lo pensó. Respondió de inmediato:

—¡Sí! ¡Me voy contigo! Pero me prestas para el pasaje, no tengo ni un bolívar en el bolsillo.

—Tranquilo. Arregla todo: nos vamos mañana a las cinco de la mañana, no te quedes dormido.

—¡Qué dormido! Si tengo noches sin dormir –dijo.

—Se te ve. Nos vemos mañana entonces.

—¡Sí va!

Se tiró de bruces sobre la cama, pero se levantó rápido para ir al baño. El espejo le reveló su deprimente aspecto. Decidió bañarse y afeitarse, la idea de huir lo estimuló al máximo.

—Pronto me iré de aquí, Norberta. Si regresas, ya no me encontrarás.

Después dijo con voz triste:

—Aunque quizás, tú no vuelvas.

Día 518

Norberta estuvo con su tía la mañana de su partida. Se fue a Valencia con familiares maternos donde permaneció un tiempo. Sus dos espejos la acompañaron en aquellos difíciles momentos, sin embargo, debía volver de nuevo a San Sebastián de los Reyes a entregar las notas de los estudiantes, algo pendiente que no pudo resolver al momento de marcharse. No sabía nada de Julián, en lo absoluto. Un enorme vacío se anidó

en su pecho desde que salió de casa de su marido. Se quedaría solamente con el recuerdo de los primeros días: los hermosos, los tiernos, en los que vivió junto a Julián un amor sencillo y maravilloso, aunque fueron días muy cortos. El espejo rosa la animó a continuar su vida:

—Mi niña, vamos a San Sebastián para que entregues las notas. Después volvemos aquí a Valencia y empiezas a trabajar dando clases en la universidad.

—A mí también me parece bien. Si ya quisiste venirte lejos de tu marido...

—Él ya no es mi marido –interrumpió Norberta a su siempre perfecto espejo gris.

—Si tú lo dices. ¿Te atreves a negar que aún lo quieres? Yo te he visto llorar por las noches.

—No la atormentes –suplicó el espejo rosa–. Ella decidió.

—Espero no te arrepientas de esa decisión, Norberta. Tú sabes por qué lo digo –dijo el espejo gris.

—¿De qué hablas? ¿Por qué se arrepentiría de abandonar a un hombre que la maltrató tanto?

Norberta miró a su amigo, el soñador, el de alegre sonrisa, y respondió su pregunta con voz muy baja y consternada:

—Tengo dos meses de embarazo.

Aquellas palabras impactaron tanto al espejo rosa que apenas pudo decir:

—Si no fuera un espejo, me desmayaría ahora mismo.

—Solo iré a entregar esas notas. Regresaré pronto. Los dejaré aquí, les pido que se porten bien.

—No te preocupes, querida –dijo el espejo rosa–, de aquí no nos moveremos –rio a carcajadas.

Pero ya a punto de irse metió a sus dos amigos en el bolso.

—No puedo dejarlos.

—Lo entendemos, mi niña. Sin nosotros solo serías un empaque vacío –dijo el espejo rosa volviendo a reír.

Día 519

La plaza Los Ilustres continuaba igual, con sus bustos insignes. La gente de San Sebastián inundaba la plaza los días de mercado. Era viernes. La afluencia de mujeres con bolsas de víveres, transitando por el lugar,

le daba vida a esa parte del pueblo. Debía ir a la escuela a entregar las notas de su grupo en la coordinación de Andragogía; pero antes, se sentó a admirar la tranquilidad que se respiraba en el aire, con el clima fresco propio de los valles de Aragua. Se le antojó un helado. En el bolso, los espejos estaban un poco apretados.

—Si no nos saca de aquí pronto, encontrará solo pedazos –dijo el espejo gris, molesto.

A lo que el espejo rosa respondió:

—Deja la amargura, te pondrás viejo antes de tiempo.

Norberta compró un helado en el local de la esquina y se sentó de nuevo en uno de los bancos. Vio a algunos conocidos a quienes saludó con una cálida sonrisa. El contacto con ellos le recordaba a Julián. No se acercaría siquiera a la casa, ni siquiera iría a ver a su tía, era viernes y ella trabajaba en Caracas toda la semana, solo se encontraba en el pueblo el sábado.

Se dispuso a comer su helado muy cómoda y tranquila mientras continuaba observando a las personas, los niños que regresaban de la escuela, el autobús que se dirigía a San Casimiro dejando pasajeros, los árboles moviéndose levemente. Disfrutaba de todo sin deslastrarse aún de ese dejo de nostalgia que la invadió con más fuerza a partir del instante en el que llegó a San Sebastián. Una mano tocó su hombro. Ella miró hacia arriba. ¡Era Julián! Norberta dejó caer el helado y se levantó de súbito, dispuesta a irse.

—¡No te vayas! –Él la sentó muy sutilmente–. Solo quiero hablar, nada más. –Y preguntó–: ¿Cómo estás?

Ella no daba crédito a cuanto pasaba. Lo menos que pensó fue encontrarlo a él en la plaza. No era la hora en la que Julián pasaría por allí, debería estar trabajando. Se había quedado sin palabras.

—¿No me vas a responder?

Norberta lo notó muy arreglado y rozagante. Sus ojos claros, brillantes, resaltaban con la ligera sonrisa que se dibujaba en su rostro. Julián vestía franela azul marino y un *jean* fucsia. Mirándolo fijamente, respondió:

—Estoy embarazada.

Julián se quedó perplejo. Ahora era él quien no podía mencionar palabra.

—Ya que te vi, pues te lo digo.

—Tenemos que hablar, Norberta.

—Estamos hablando –dijo ella.

—Estás esperando un hijo mío.

—Sí –dijo secamente.

—Volvamos juntos –pidió él de improviso.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? Nadie sabía que vendría ni siquiera mi tía.

—Alguien te vio y me avisó. Y se lo agradezco en el alma. De lo contrario nunca me hubiera enterado de esto.

—No cambia nada –afirmó Norberta.

—Lo cambia todo. Podemos intentarlo de nuevo. Yo estoy viviendo en La Guaira ahora, allá trabajo con mi amigo.

—Yo me devuelvo hoy mismo a Valencia.

—¿Vives en Valencia?

—Sí. Solo vine a entregar unas notas y me regreso.

Él le explico la forma de llegar a la playa donde ahora trabajaba, con lujo de detalles. No tenía teléfono, lo había perdido.

—Dime si vas a ir –le tomó sus manos.

—Lo voy a pensar –dijo ella.

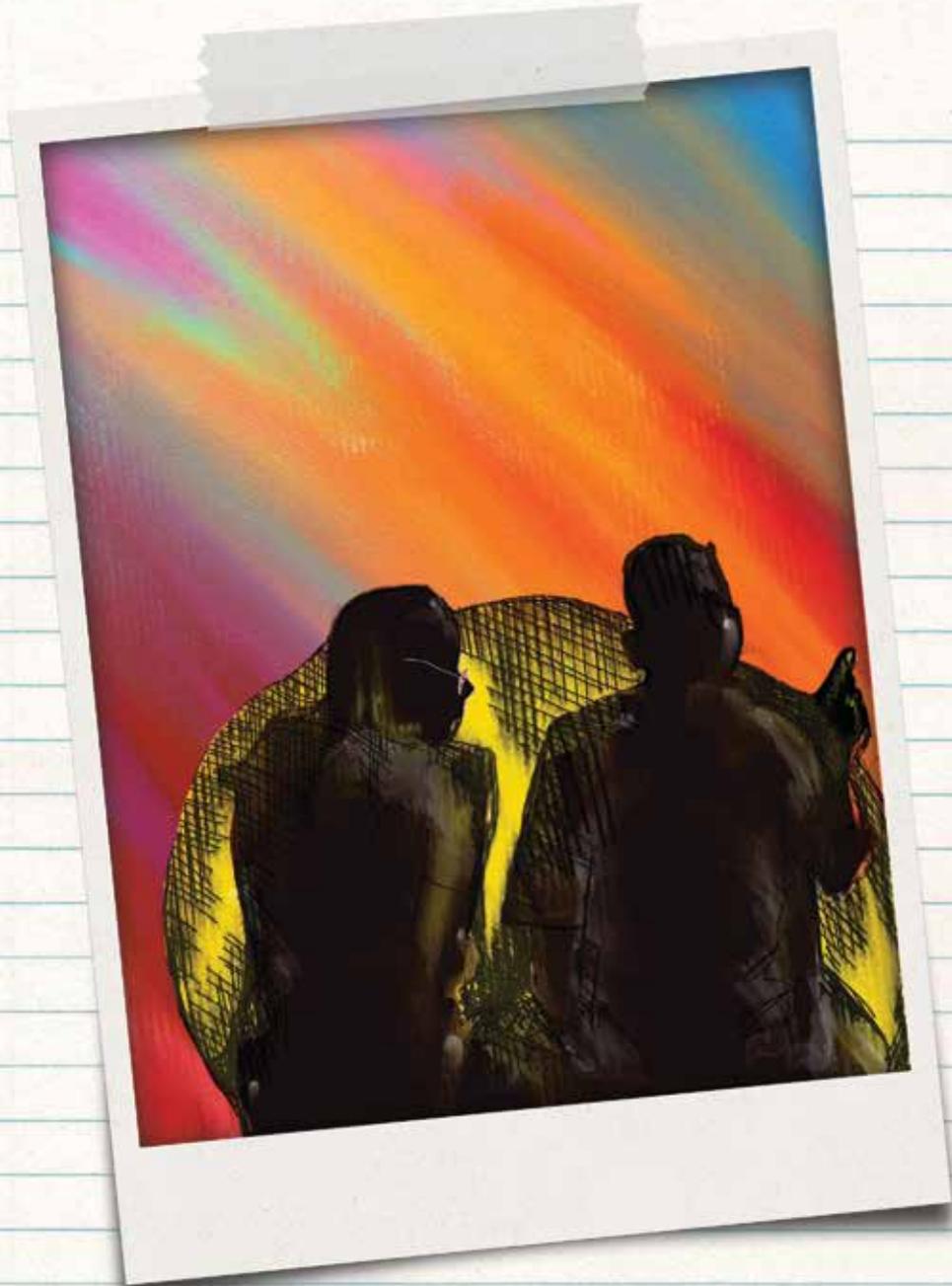
—Te esperaré mañana. Me buscas en la torre que te dije.

Ella se levantó sin decir nada y se dirigió a la escuela. Él la vio irse sin poder detenerla.

—¡¿Vas a ir?! –gritó.

Norberta cerró los ojos por un instante y, dando media vuelta, respondió:

—¡Sí!



Día 520

Desde la carretera se veía el mar: extenso, hermoso. Norberta, fascinada, disfrutaba su viaje. Los espejos discutían dentro del bolso de nuevo:

—Casi no lo puedo creer. Ella va a volver con él.

—Mi irritante amigo rosa, ella debe volver con él, ¡está embarazada!

—¡Tú! ¡Tú tienes la culpa! ¡Tú y tus raros consejos! Vives en otra época –y añadió en tono irónico–, amigo.

—Yo no los obligué a encontrarse de nuevo. Fue Dios, el destino, la vida...

—Pero si alimentaste en ella el deber de estar con él y la hiciste sentir culpable de la decisión que había tomado. ¡No lo niegues!

—No lo niego. Ella debe ser una buena mujer.

—Ella es una buena mujer aunque no vuelva con él. ¿No lo entiendes?, la va a maltratar de nuevo.

—El embarazo lo hará cambiar.

—Pues eso espero.

Norberta bajó en la parada que Julián le había explicado. Fue con los niños. Saltaban de alegría al ver la playa.

—¡Qué hermosa es, mamá! –dijo su hijo mayor.

—¡Es grandísima! –dijo la niña.

—¡Vamos a bañarnos de una vez! –sugirió de nuevo el niño.

—Calma, calma. Primero debemos encontrar a Julián, después nos bañamos –les dijo Norberta.

—Pues vamos a buscarlo rápido –dijo uno de los niños.

Caminaron un poco, abriéndose paso en medio de chicas en bikini y hombres bailando. A pocos pasos avistaron la torre:

—Ve, Andrés, allá está la torre. Pregunta por Julián, anda.

El niño fue corriendo. Deseaba zambullirse en el mar lo más rápido posible y, en efecto, Julián estaba en la torre. Al verlo Julián se emocionó:

—¿Y tú mamá? –preguntó.

El niño señaló con el dedo.

—Vamos a buscarla –sugirió Julián.

El niño asintió con la cabeza y preguntó osado:

—¿Nos podemos bañar, Julián?

—Sí, pero con cuidado que hay partes hondas. Vamos a buscar a tu mamá primero. ¿Vinieron todos?

—Sí, todos. Los cuatro y el bebé que mamá tiene adentro.

Julián lo miró impresionado por la inocencia de sus palabras. Norberta estaba sentada debajo de una palmera con los otros dos niños. Volvieron todos y luego de presentarla a un singular personaje quien dirigía la torre, la llevó a un espacio menos concurrido y los niños, por fin, pudieron entrar al agua mientras ellos hablaban.

—¿Te pareció lejos? –abrió Julián la conversación.

—Sí, bastante. Me duele el vientre.

—Descansa un rato. A lo mejor se cansó el bebé. ¿Cuántos meses tienes?

—Tres –respondió Norberta–. Ya estoy en control.

—¿Y... qué has pensado?

—¿Pensado de qué? –respondió ella con otra pregunta.

Los espejos escuchaban atentos la conversación. El bolso estaba sobre la arena muy cerca de ellos.

—Tú sabes... sobre nosotros, los niños y el bebé.

—No lo sé, no estoy segura.

Él la miró con ternura:

—Yo quiero estar con ustedes. Va a ser diferente.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

—¿Dónde nos quedaremos hoy? –Norberta preguntó mirando alrededor.

—Aquí mismo.

—¿Así?, ¿a la intemperie? –se preocupó—. Es peligroso.

—No, a los tipos malos que hay por aquí yo los conozco, no nos van a molestar –dijo Julián.

—¿Y tu familia?

—No sé nada de ellos. Hace mucho que no llamo a mi hermana y a mi mamá menos.

—Debe estar preocupada –afirmó Norberta.

—No lo creo. Más bien debe estar en lo suyo: bebiendo –dijo tristemente.

Llamó a un vendedor. Lo conocía:

—Dame una viagra, por favor.

El joven, muy curtido por el sol, bajó una bandeja y le extendió un recipiente bien tapado.

—Me dejas limón. ¿Cuánto es? –preguntó Julián.

—Tú sabes cuánto, enano.

—Bueno, el domingo cuando cobre, te pago, ¿sí va?

—¡Sí va!

Era una mezcla de camarones, calamares y pepitonas que, aderezadas con limón, deleitaban el paladar.

—¿Viagra? –preguntó Norberta.

—Sí, así le llaman porque después que la comes... –la miró sonriente.

Ella, entendiendo, sonrió:

—¡Ah, ok! Me imagino.

Las horas transcurrieron rápidamente mientras el sol se ponía en el horizonte. Norberta caminaba por la orilla, se sentía mejor. El dolor desapareció luego de descansar largo rato. La playa estaba casi vacía, solo algunos vendedores amigos de Julián aun pernoctaban cerca. Al fin se fueron, pero en la torre el singular hombre colgó una hamaca y se dispuso a descansar. Según Julián no dormía, sino solo por momentos, tenía

algunas deudas por ahí y siempre estaba armado. Se acercó, cruzó con él algunas palabras y a los pocos segundos apareció con dos carpas:

—Una para que duerman los niños y en la otra dormiremos nosotros –la miró fijamente–. ¿Quieres?

Ella correspondió aquella mirada. Los espejos escuchaban, pero esta vez sin opinar nada.

—Sí quiero.

Son días hermosos. Viajo con frecuencia a Camurí Chico. No siempre llevo a los niños porque mi embarazo está avanzado. Algunas veces llevo golosinas para vender en la playa y pasar el día mientras Julián se desocupa. Está más tranquilo, de cuando en cuando los celos lo traicionan, pero se disculpa de inmediato. Pronto ya no podré viajar y deberá ser él quien venga a verme. Se acerca el momento del nacimiento del bebé, pero no es niño, el ecograma mostró a una niña sana formada en mi vientre. Como de costumbre, Julián trata de hacer lo más cómodo posible los dos días que yo paso allí. No gana muy bien, pero trata de brindarme lo que puede y está a su alcance. La playa está cada vez más concurrida, sobre todo en temporadas y fines de semana. Tiene muchos puestos de comida muy bien organizados, apostados a lo largo de la carretera, donde sirven exclusivamente pescados y mariscos.

Día 631

Julián iba de un lado a otro, ocupado en su trabajo. Norberta lo observaba a lo lejos y esperaba la noche para poder charlar con él, no era el hombre del cual se había enamorado, pero se asemejaba mucho. Se esforzaba por controlar algunas cosas, aunque otras se escapaban de su fuerza de voluntad. Ella procuraba comprenderlo y con mucha paciencia soportaba los comentarios con los que insinuaba que estaba involucrada con otros hombres de la misma playa.

—Está cambiando —se decía a sí misma.

Siempre conversaba con sus espejos. Al menos sabía que el espejo gris aprobaba su decisión y aunque el espejo rosa la cuestionaba, estaba segura de que siempre contaba con él.

Ya el sol se retiraba a dormir. En Vargas, la oscuridad se apoderaba de las playas, y esa en particular brillaba bajo la luz de pocas estrellas, con una total ausencia de la luna en el negro cielo. El ruido del mar la llenaba de libertad. Lo amaba. Desde niña anhelaba los días de año nuevo cuando su madre la llevaba a ella y a sus hermanos a la playa. Julián se acercó rodeándola con sus brazos y dándole un tierno beso mientras acariciaba su vientre.

Día 715

Norberta estaba en la dulce espera, los días finales del embarazo. Ya no viajaba a Camurí Chico. Julián iba con frecuencia a verla, más que todo los días de semana; aunque esto implicaba un gasto, Julián lo hacía con gusto: quería estar ahí al momento del parto. Llevó en esa ocasión un práctico coche rosado con negro y un corral anaranjado con blanco que armó en cuanto llegó, y colocó dentro una bañera roja con ropa de bebé y un juego de cosas personales para su hija a punto de nacer. Los niños lo recibieron alegres. Norberta hizo gran esfuerzo por no manifestar una súbita emoción al ver las cosas nuevas. Por dentro la felicidad no se

podía medir. Los espejos observaban atentos, comentando entre sí sobre el avance de la relación y el cambio paulatino de Julián. Ella le sirvió algo de comer y preguntó por su viaje:

—¿Qué tal la autopista? ¿No había cola?

—Bastante, pero ya estoy aquí –respondió él.

—Te tienes que quedar hasta el parto.

—Me voy pasado mañana. Tengo que trabajar.

Ella lo miró tristemente:

—Ya voy a dar a luz.

—Lo sé. Dios quiera que nazca hoy o mañana.

—¡Dios quiera! –dijo Norberta suspirando.

Los dos días pasaron volando. Ya Julián se arreglaba para marcharse de nuevo a La Guaira, pero Norberta lo convenció hasta hacerlo quedar. Así lo hizo varias veces. Se había quedado cinco días. Su trabajo peligraba.

—Hoy me voy, mami. No puedo quedarme más, voy a perder el trabajo.

Sin siquiera mirarlo, dijo molesta:

—Si debes irte, entonces vete.

Él se acercó a ella y le acarició el vientre:

—Lo siento. –Y levantándole el rostro, le ordenó–: No vayas a tener a la bebé hasta que yo vuelva.

Ella no cumplió aquella orden. Al anochecer de ese mismo día comenzó el trabajo de parto y al día siguiente a la una de la tarde parió a la hija de Julián.

Día 721

La tarde caía calurosa. Por fortuna, Valencia siempre ha tenido una fresca brisa, aunque en los últimos años se ha generado una ola de calor inusual. Julián venía cargado de paquetes: dos pipotes medianos, un equipo de sonido, su pequeño bolso, una torta y un perro. La puerta estaba abierta así que entró con el

cargamento de cosas. Adentro, Norberta, acostada en una cama, alimentaba a la pequeña María del Valle. Emocionado se acercó con gesto tierno para conocer a su hija. Norberta dejó de darle el pecho y con mucho cuidado se sentó para entregar a la recién nacida en los brazos de su padre. Él se encontraba muy nervioso, no sabía cómo sostenerla. Al fin pudo acomodarla y la observó detalladamente, le parecía increíble tener a su hija frente a él. Era su primera niña, la prosecución de su descendencia: blanca, labios gruesos y sonrosados, largas pestañas, pero al abrir sus ojos eran oscuros como los de su madre al igual que su nariz.

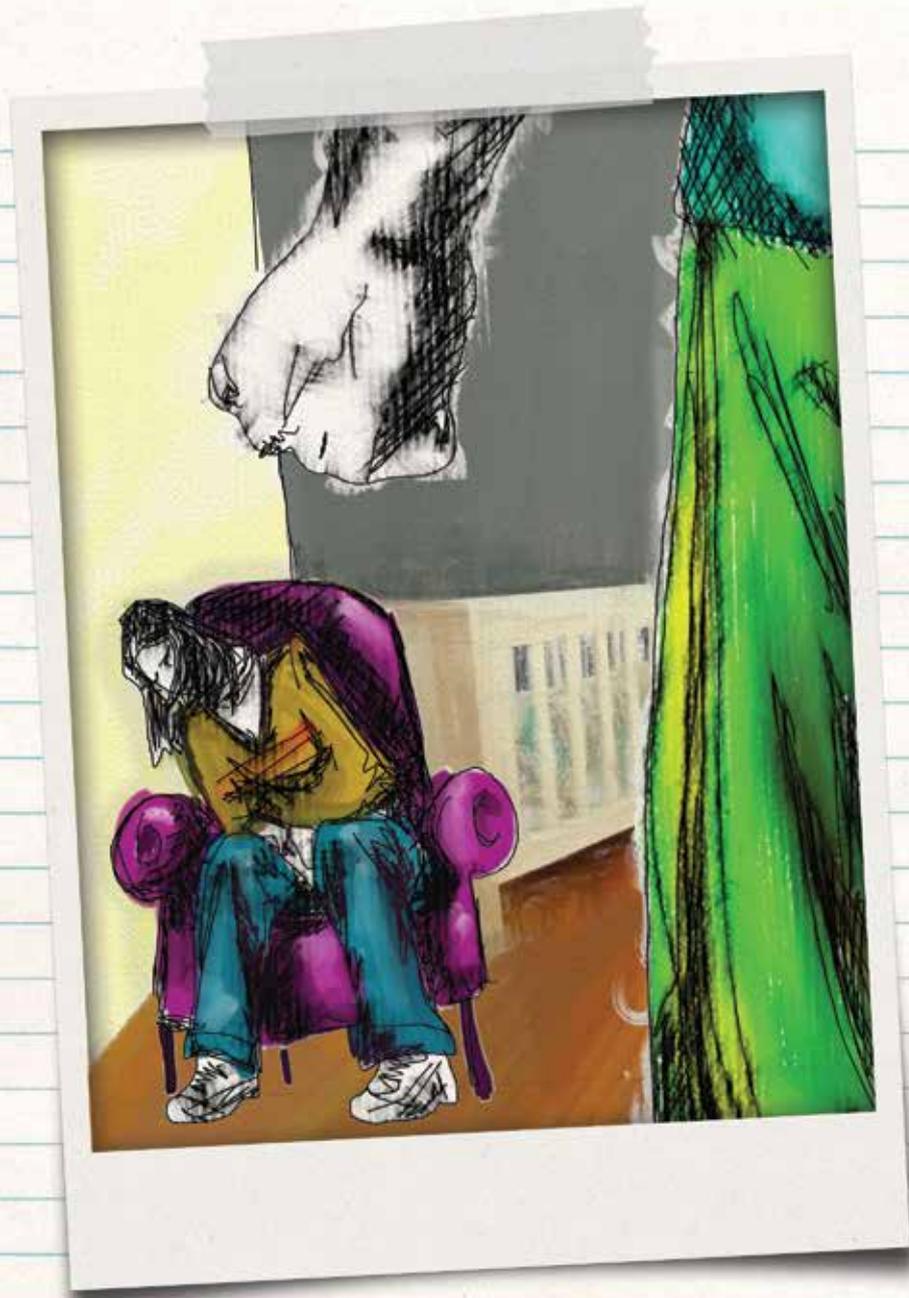
—Nariz de negra –dijo sonriendo.

La fascinación de aquel momento era única. Nunca pensó sentir lo que se agolpaba en su pecho, tantas emociones juntas. Tardó en darse cuenta de que la madre de Norberta estaba sentada en un rincón de la casa.

—¿Y esa señora? –preguntó extrañado.

—Es mi madre –contestó Norberta.

Ella los presentó desde la cama, todavía necesitaba reposo para recuperarse del proceso del parto, necesitaba mucho reposo. Comieron y luego cada quien se fue a su cuarto. Los niños querían estar al lado de la pequeña María quien hacía pucheros y lloraba de cuando en cuando, al poco rato les dio sueño y se fueron a dormir. Julián pensaba en el vuelco que había dado su vida, en la tragedia que hubiera sido si ese día la mujer de su amigo no le hubiera dicho “Norberta está en la plaza”. Nunca hubiera conocido a su hija, eso le pareció horrible, la abrazó sin aplicar fuerza; era tan pequeña y necesitaba tantos cuidados. Se hizo para sí la promesa de jamás dejarla ni a ella, ni a su madre, ni a aquellos niños a quienes veía como parte de él. Eran muchos sentimientos aflorados en un mismo día, la sensación única de conocer a su hija no la pudo comparar con nada vivido, sencillamente era singular y especial. Se quedó mirando el techo, recordando episodios del inicio de su vida con Norberta, y sin darse cuenta se durmió.



Durante tres meses Julián iba y venía de La Guaira para vernos a la pequeña María y a mí, pero estoy preocupada. Me ha reclamado varias veces por el dueño de la casa. Aunque solo viene a cobrar la renta, Julián se creó en su mente un supuesto romance entre nosotros. La niña tiene tres meses. Creo que en los pensamientos de Julián suceden episodios imaginarios de que al momento de marcharse, recibo al dueño secretamente y esto lo atormenta. Ciertos reclamos han provocado discusiones entre nosotros. Veo que su ofuscado interior lo mantiene en una tensión muy fuerte. Lo noto extraño, está cariñoso por momentos y luego estalla en gritos, para después volver a una calma aparente y peligrosa. No digo nada. Mi amigo, el espejo gris, me dio consejos estrictos de no hablar sobre el tema con Julián.

Día 810

—Lo arruinarás otra vez si reclamas. Calla, sé una buena mujer —las palabras del espejo gris retumbaban en su mente. Quería preguntarle, quería defenderse de los comentarios hirientes, pero debía guardar silencio. Por supuesto, esto no era compartido por el espejo rosa que no podía ocultar su desagrado al escuchar las cosas que Julián le decía a Norberta sobre la supuesta relación entre ella y el dueño de la casa.

Ella continuó atendiéndole como de costumbre, extremando sus cuidados con mucha ternura para no sobresaltarlo más. Le preguntaba cosas sobre el trabajo, la playa y sus amigos. Él contestaba mientras cenaba. Se acostó al lado de su hija y le pidió a Norberta que se acostara con ellos. Ella lo hizo, los niños ya dormían. Temió que el antiguo Julián regresara de nuevo, aquel que en la compulsión de los celos la agredió física y verbalmente. No pudo dormir. Luego de estar con él en la intimidad de pareja, se quedó pensativa repasando las últimas reacciones vistas en su marido, sabía de la lucha interna mantenida por él para no dejarse llevar por su inseguridad. Esto la tenía alerta, ya eran varios meses así, y Norberta solo se desahogaba con sus espejos, que la entendían y aconsejaban aunque uno distaba mucho de otro. A ellos les contó sobre su temor de ver resucitar en Julián al ogro de San Sebastián y del vuelco asustado que daba su corazón cuando su marido llegaba.

—¡No puede ser! —exclamó en voz baja teniendo cuidado de no despertar a Julián—. ¡No lo soportaría de nuevo! No con mi hija tan pequeña.

Día 1000

Julián no volvió más. La pequeña María del Valle cumplía nueve meses y su padre solo llamaba. Aludía a la mala racha en su trabajo la imposibilidad de viajar a Valencia a verlas.

—¡Sabía que algo pasaba! —Norberta les dijo a sus espejos—. Esa resurrección del viejo Julián no podía venir sola.

—¿Qué dices, mi niña? ¿A qué te referes? –preguntó el espejo rosa.

—Creo que tiene otra mujer –respondió.

—¿Y si la tiene qué? –intervino el espejo gris—. Él es hombre. Los hombres siempre tienen otras mujeres y la de la casa debe aceptarlo sin reclamos.

Norberta estaba abrumada.

—No le hagas caso, mi niña –se dirigió a su compañero—, no le digas esas cosas. Ella no tiene por qué aceptar una situación así.

—Pues si quiere mantener a su familia unida, debe hacerlo. Si la quiere destruir, que reclame y en cuestión de segundos se desmorona su hogar.

—Un hogar no puede fundarse sobre el reprimir los sentimientos –el espejo rosa le habló a Norberta—. Pienso que debes hablar con él sobre eso, mi niña.

—¿Y tú piensas?! –intervino el espejo gris.

—¡Siempre he pensado!

—No más discusión –ordenó Norberta—. Es suficiente con la preocupación que tengo.

Se dispuso a salir. Debía llevar a la pequeña María al médico. En el bolso los espejos continuaban discutiendo:

—Julián ni siquiera le envía dinero a la niña. Ella corre con todos los gastos y todavía tú propones que ella acepte compartir a su marido con otra –dijo el espejo rosa.

—Tú no sabes nada de parejas. Así debe ser.

—Hablar contigo es como hablar con una contestadora automática: siempre dicen lo mismo.

Día 1010

El teléfono sonó. La niña lloraba mientras su hermano mayor la paseaba en el coche tratando de calmarla. Norberta contestó. La voz de una mujer se escuchó del otro lado de la línea.

—Norberta querida, ¿cómo estás?, ¿cómo está la bebé? y ¿tus niños grandes cómo están? —era la madre de Julián.

—Muy bien, señora Evarista. ¿En qué puedo servirle? —contestó secamente.

Lo menos que esperaba era la llamada de esa mujer. La madre de Julián se dedicaba a beber hasta perder el conocimiento. Era alcohólica. Todo su trabajo en una fábrica de muebles en Caracas se quedaba en el expendio de licores de la esquina. Ni siquiera tenía casa. Vivía en un cuchitril con su última hija, una joven de trece años, dentro de la misma casa de su madre, la abuela de Julián. Fumaba de forma desmedida. En muchas ocasiones la encontraban tirada en las aceras de La Dolorita, perdida en el licor, inconsciente. A esto se le sumaba su hermana mayor, Irene. Una mujer de 36 años que había pasado su vida consintiendo a Julián hasta el punto de apoyarlo en las cosas malas que hacía. Como la madre siempre fue alcohólica, nunca se ocupó de sus hijos y a Irene le tocó velar por su hermano desde muy niña, pero lo complacía en todo, dejándolo hacer cuanto quería y aprobando cada disparate en su vida; primero, porque lo amaba, y segundo, por no molestar a la abuela que tenía a Julián como su nieto preferido. Había sido la combinación perfecta para hacer de Julián un hombre machista e inseguro, además de haberlo llevado a usar drogas y andar con malas amistades.

—Hija, escucha, quiero que vengas donde Irene porque no sabemos nada de Julián desde hace mucho y tú eres la única que conoce las playas donde él se mete en La Guaira. Por favor, Norberta... —se oía su llanto—, estamos preocupadas por él, no sabemos si le pasó algo a mi hijo... ¿tú has ido a buscarlo?

—No, para acá hace ya seis meses que no viene. Llama, pero no viene.

—¿Y por qué no te has ido a buscarlo? Tú tienes esa hija con él...

—Lo siento señora. Yo trabajo, pero no tengo dinero para gastarlo en esas cosas. Él sabe donde vivimos.

—Por favor... —continuó llorando—, ven para acá unos días para que lo busques, te traes la niña, nosotras te la cuidamos mientras vas a buscarlo a La Guaira. Y por el dinero no te preocupes, nosotras te damos para los gastos.

Norberta lo pensó.

—¿Qué dices? —insistió la mujer.

Al fin respondió:

—Déjeme... déjeme organizar todo en el trabajo, hablar con mi coordinador para pedir los días... déjeme planificar primero.

—¡Ay, gracias, hija! Tú no sabes la angustia que yo siento por mi hijo, sin saber de él ni nada. Yo te llamo otra vez para ver qué día te vienes y por dinero no te afanes, acá te damos. No te traigas leche, acá le damos los alimentos de la bebé. Te dejo entonces, hija –colgó.

Norberta suspiró. No le parecía tan buena idea, pero no pudo resistir los ruegos de la madre. También quería ver a Julián y descubrir si en efecto tenía otra mujer, pero no con tanta urgencia, no le parecía eso algo de mayor relevancia. Estaba concentrada en su trabajo, en sus hijos, en ella misma. Pronto viajaría de nuevo a La Habana a realizar un curso, esto la mantenía al pendiente de su vida más que de Julián. Se dispuso a organizar el viaje a Caracas.

Las playas de La Guaira están preciosas. Hoy el sol brilla sobre el mar haciendo destellos, mientras las olas mecen el agua con la parsimoniosa tranquilidad de la mañana. El aire fresco acaricia mi piel. Lo disfruto sintiendo cómo la brisa marina penetra en mis poros e inunda mi alma. Mis recuerdos de infancia afloran al contemplar todo esto: las gaviotas que surcan el diáfano cielo como complemento ineludible del paisaje oceánico. Al caminar por la orilla, el contacto de mis pies con el agua me estremece y es inevitable no recordari: cada momento, cada instante con él en esta playa. Camuri Chico significa una parte de mi vida, un episodio distinto. Me parece vernos allí. Observo las mismas olas, la misma arena; todo continúa en el mismo sitio. Me pregunto cuántos amores habrán pasado por este sitio, de cuántas historias habrán sido testigos estos elementos naturales.

Día 1020

Se acercó a preguntar a algunos vendedores que Julián le había presentado tiempo atrás. Nadie dio una respuesta positiva. No sabían nada de él. Se enteró de la forma en la que Julián se había marchado de Camurí Chico: unos hombres lo buscaban para matarlo.

—No sé, tuvo problemas con una gente ahí y tuvo que irse –le respondió alguien.

—Hace mucho que no lo veo. Peleó con un hombre y le quedó ese pendiente, por eso se fue –dijo otro.

Por primera vez después de tanto tiempo sintió una preocupación real por él. Algo era obvio: se había metido en problemas. Ya para esos días no llamaba siquiera para preguntar por su hija. Después de indagar, constató que Julián no se encontraba allí. Buscó entonces la opción de revisar los concesionarios. Él le mencionó un par de veces que tenía un trabajo paralelo como vendedor de carros. No conocía la ciudad, sin embargo se arriesgó y, preguntando a muchas personas, pudo ubicar varios, así que en cada uno de ellos se acercó a buscarlo.

Mientras tanto, en casa de Irene, la niña dormía plácidamente. La señora Evarista la cuidaba despidiendo su peculiar aliento a alcohol. Irene la increpaba cual si fuese cualquier individuo. Lejos estaba el respeto digno de un trato cortés entre madre e hija, la armoniosa relación que, por lo general, caracteriza a dos personas tan genéticamente unidas, era nula. Irene le gritaba y la insultaba al tiempo que Evarista la ignoraba. De vez en cuando respondía algo que su hija refutaba, y así. Esa era una relación deprimente. Aquellas mujeres esperaban noticias. Marcaban con frecuencia el número de Norberta, pero esta decía lo mismo: aún no lo localizo.

—¡Dios quiera que lo consiga! –decía Irene–. ¿Y si no lo consigue, qué se va a hacer? –preguntó Evarista.

Desde hacía mucho tiempo, Evarista había delegado en Irene ser la cabeza de una familia desintegrada. La misma Irene creció prácticamente en la calle, con vocabulario soez, y cuando necesitó el cobijo de su madre, solo encontró una mujer tendida sobre un viejo catre, borracha, para luego vivir el trauma de formar un hogar con un hombre que terminó asesinado después de haber cumplido una condena de ocho años en

prisión. Aunado a esto, Julián empezó a consumir drogas cuando solo le faltaban tres meses para culminar su preparación como Guardia Nacional, abandonándose hasta el punto de deambular por las calles de Petare como un indigente.

No era precisamente la familia que Norberta quería para su pequeña María. Si hubiera indagado más en el pasado familiar de su marido, de seguro se hubiera desligado de él cuando le conoció; pero en aquel entonces Julián estaba solo, en una casa descuidada que Norberta arregló con cuidado femenino, mientras conseguía un lugar propio donde vivir con sus hijos, solo que... se enamoraron. Para ese entonces Julián era un hombre descuidado. Al conocer a Norberta, comenzó a arreglarse e interesarse por su casa, retomó sus visitas a la iglesia junto a ella y sus hijos, trabajó de forma ocasional en Holcim, una fábrica de cementos ubicada en San Sebastián de los Reyes, donde vivían. Pero luego de aquella pelea en la que la mano de Norberta quedó marcada para siempre, ya nada volvió a ser igual. El contacto con sitios como la playa, donde Julián convivía con tantas personas de mala conducta y costumbres malsanas, lo llevó de nuevo a caer en vicios.

La niña despertó. Lloraba buscando el regazo de su madre. La tía y la abuela prepararon el tetero, la cargaron e intentaron calmarla. Para ambas mujeres era sumamente emocionante atender a la pequeña. La situación por la que pasaban les dio la oportunidad de conocer a María del Valle, ya que antes no habían podido hacerlo. Evidentemente Norberta no procuraba la cercanía entre su hija y la familia paterna, por los círculos frustrantes y disfuncionales en los que se movían: ¡hasta la bisabuela de Julián perdía la cordura para encubrir los desmanes de su nieto favorito! Solo un tío, trabajador de una fábrica de cartón, parecía ser una persona de provecho, aunque para conseguir el empleo falsificó un título de bachiller. Eso era para Julián un ejemplo a seguir: en numerosas oportunidades hablaba con orgullo de su tío quien sin haber culminado el bachillerato gozaba de una excelente remuneración laboral; quizás se escudaba en ello para no retomar sus estudios de secundaria. Obviamente su familia no fue el mejor ejemplo para él. Y ahora reproducía los patrones que había aprendido. Las mujeres dieron de comer a la niña quien se volvió a dormir sin dar problema alguno.

Día 1021

Norberta estaba cansada de caminar. Toda la mañana buscó en cada concesionario, aún en ventas de vehículos usados. Preguntó por Julián sin resultado alguno. Por fin entró a uno donde le dieron noticias de él.

—Sí, él trabajó aquí. El jefe de la vigilancia le dio la oportunidad, estuvo ocasional, pero un día no vino más. Nos quedamos esperándolo y como no apareció, el jefe ingresó a otra persona.

—¿Hace cuánto fue eso? —preguntó Norberta.

—Hace ya tres meses. Es más... —añadió el vigilante—, aquí dejó una maleta grande con unas cosas. Si quiere, la revisa a ver si consigue una dirección o algo para poder encontrarlo. Déjeme hablar con el jefe para que la autorice a pasar.

La diligencia la hizo rápido y, en pocos segundos, ahora acompañada del jefe de la vigilancia.

Norberta tuvo acceso a la maleta. Al abrirla consiguió ropa en mal estado, gorras viejas y una pequeña libretita de notas que revisó muy atentamente. Mientras lo hacía, el hombre le dijo algo muy preocupante:

—Uno de los muchachos que trabaja aquí dice haberlo visto hace dos semanas en la plaza Cónsul durmiendo en una banca.

Agradeció la cooperación. El jefe convino en avisarle cualquier noticia que tuviera de Julián, al número de Norberta.

En la libretita encontró números telefónicos, nombres, algunas direcciones... cosas que, en efecto, le servirían en la búsqueda. Llamó a varios números y nadie respondía. Por fin marcó uno y escuchó a alguien al otro lado de la línea:

—Buenos días, ¿cómo está?

—Buenos días, ¿quién me habla? —contestó una mujer.

—Le habla la mujer de Julián. Un hombre pequeño, delgado, de ojos claros y largas pestañas, por favor, no cuelgue. Hace mucho que ni su madre ni yo sabemos algo de él y estamos muy preocupadas, no sabemos qué pudo pasarle y dentro de una maleta que encontré en un lugar donde trabajó, estaba una libreta de notas con su número de teléfono.

—¡Ah!, ¿y usted es su mujer? –preguntó.

—Sí, él y yo tenemos una hija.

—¿Pero quién será? Por aquí llega tanta gente, dígame de nuevo como es él.

—Es un hombre de estatura baja, muy delgado, de nariz perfilada, ojos claros, pestañas largas, cabello duro. Se llama Julián.

—Por aquí hay uno así, pero no sé cómo se llama. Yo le digo “malandrín”. Él es así como me lo acabas de describir. Tendrías que venir para ver si es él.

—¿Y dónde está usted? –preguntó temerosa.

—En la playa Bahía de los Niños. ¿Tú sabes llegar?

—No, pero averiguo. No se preocupe –respondió Norberta.

—Tú te vienes en las busetas que vienen para Caribe y les dices “déjeme en Bahía de los Niños”, eso no tiene pérdida. Cuando llegues, preguntas por La Abuela, a mí me conoce todo el mundo aquí en esta playa. No tiene pérdida.

—Bueno, muchas gracias. Voy para allá de inmediato.

En cuestión de media hora, Norberta estaba en el sitio. Pronto dio con la mujer quien era dueña de un kiosco donde vendían comida a orillas de esa playa. Conversaron. No tenía ninguna foto de Julián consigo así que solo pudo describirlo de nuevo, con detalles; esperaba haberlo encontrado. La mujer le preguntó si ella era profesora, a lo cual Norberta contestó con un firme “Sí”.

—¡Es él! –exclamó La Abuela.

—¿Usted cree? –preguntó escéptica Norberta.

—Es él, hija, claro, ¡claro que es él! Él siempre habla de su mujer profesora, de su hija, dice que tiene una casa en Aragua... pero nosotros no le creemos; como anda por ahí como un indigente, sin donde vivir.

—Es cierto. Todo cuanto le ha dicho es cierto.

—Pero, ¿y cómo anda así? Seguro es el vicio, hija. Eso los pone así.

—Sí, él tiene problemas de drogadicción, aunque hace mucho lo dejó, según me ha contado su familia –dijo Norberta.

—No, eso no lo dejan así. Yo no lo he visto nunca en eso, pero mi yerno dice haberlo visto con un envoltorio de aluminio, tú sabes –hizo un gesto de resignación y continuó–. Y él es un buen muchacho, ¿cuántos años tiene?

—Treinta y tres –contestó Norberta a secas.

—Pero es la droga, hija. Un mal terrible –suspiró–. Yo aquí le doy su almuerzo. Él llegó por ahí cualquier día, dormía arriba del kiosco, pero la gente de los otros locales se dio cuenta, se quejaron y ya no pudo quedarse. No sé dónde duerme. El día que viene me ayuda, va para donde los demás dueños y le dan algo que hacer, siempre hace algo, él es muy trabajador, pero eso sí, anda mal vestido, a veces sin afeitarse.

—Me imagino –Norberta se entristeció.

—No se ponga así, hija. Ya puede decirse que lo encontró. Hable con él. Él tiene su casa, su hija, su mujer. Su mamá lo quiere, su hermana también; hable con él hasta convencerlo de irse. A mí no me hace peso, pero por aquí se va a perder en la droga, todavía se puede recuperar –miró su teléfono.

—Como a esta hora él ya está aquí, a lo mejor no viene hoy, pero si te vas, me dejas un número de teléfono para avisarte apenas llegues y si no, pues te vienes mañana que ese llega porque llega. Llevaban toda la tarde esperando. Debía darle pecho a su hija, sus senos estaban cargados. Le facilitó su número a la doña y se marchó a Caracas. Anocheceía mientras la mujer, bien avanzada en edad, cerraba el kiosco.

—Te espero mañana, hija –escuchó la voz de La Abuela a su espalda.

—Aquí estaré –dijo Norberta y se dio media vuelta.

Día 1022

A solas, en el baño de Irene, Norberta conversaba con sus dos espejos. Ellos trataban de darle ánimo, cada uno a su manera. Por lo menos sabían algo de él: vivía. Justo en ese momento recibió una llamada inesperada: ¡Era Julián!

—¡Dios mío! ¡¿Eres tú, Julián?! ¡¿Cómo estás? ¡¿Estás bien?

—Sí, soy yo. Estoy bien, ¿y la niña? La Abuela me dijo que estuviste buscándome –respondió con voz muy baja.

—¿Por qué no me has llamado? ¿Por qué no has llamado a tu mamá siquiera?

—Mami, no me preguntes eso.

—Mañana voy para allá. Espérame –propuso sutilmente Norberta.

—Bueno, pero no donde La Abuela. Frente a la playa hay una plaza, nos vemos ahí a las ocho de la mañana.

Su hermana decidió no esperar y al día siguiente se fue con Norberta a La Guaira. Llegaron a la plaza muy temprano. Pasaron los minutos, ya eran casi las nueve. Norberta quiso ir al baño para distraer un poco la ansiedad, cruzó la avenida y utilizó uno de los baños de la playa, cuando regresó a los pocos minutos ya Julián había llegado. Estaba junto a Irene:

—¡Negra! –exclamó.

—¡Julián! –lo abrazó y se dieron un tierno beso. Estaba mojado.

—¿Por qué estás mojado?

—La lluvia de esta madrugada me cayó toda encima –respondió.

—¿Y dónde estás durmiendo? –preguntó Norberta, ávida de respuestas.

—Por ahí, negra, por ahí.

Tenía los zapatos rotos, estaba muy delgado, con grandes ojeras y con un aspecto muy deprimente. Había vuelto a consumir. Preguntó por su hija en repetidas ocasiones y, luego de hablar largo rato en una banca, Julián accedió a volver al seno de la familia. Ya en casa de Irene, volvió a tener a la pequeña María entre sus brazos. Era una escena conmovedora. Por ningún motivo quiso quedarse en Caracas, al día siguiente tomó el primer autobús a Valencia junto a su mujer y a su hija.

Los meses han transcurrido sin darme cuenta. Siempre estoy acompañada por mis buenos amigos, los dos espejos. Converso con ellos a diario sobre los cambios positivos en Julián quien va y viene de La Guaira con frecuencia y se comporta bien, aunque ya da muestras de los celos compulsivos que le atormentan siempre. La ciudad me parece poco próspera y lejana. Julián convino conmigo en esperarme en Caracas para ver un edificio ocupado. Quiere instalarse allí, en algún espacio libre. No apruebo esta idea, pero viajé para no crear confusión.

Llegamos frente a un edificio abandonado y justo a la entrada Julián avistó a su hermano menor, Jhoncito. Se saludaron afectuosamente, hablaron un rato frente a mí. Luego ubicaron a Julián en un espacio en la planta baja, pero debido a que yo tengo cuatro niños, las personas que organizaron la ocupación nos cambiaron para un lugar en el segundo piso mucho más amplio, pero lleno de escombros y basura. El sitio es horrible, parece una cárcel. Es oscuro, maloliente, con escombros por todos lados. Varias familias necesitadas ya están instaladas en carpas, otras a la intemperie: sin paredes, sin puertas. Algunos han cerrado con materiales improvisados como cartones, plásticos gruesos y bolsas negras. Él prometió arreglarlo, mas le dejé claro que no me agrada el sitio.

Día 1200

Norberta volvió a su casa dejando a Julián en el edificio con el apoyo de su hermano y su familia. El lugar se encontraba en La Dolorita hacia el sector La Pista, muy cerca de los bomberos.

Él no podía dejar solo el espacio así que Norberta no tuvo más remedio sino viajar cada fin de semana a Caracas y ver cómo poco a poco él acomodaba todo con materiales improvisados. Habían pasado un par de meses así.

Tres hermanas –cada una con sus hijos– se mudaron al sótano. También estaba con ellas un hermano que se dedicaba a vender drogas. Con esta actividad llegaba mucha gente a comprar las sustancias. Con el paso de los meses los individuos armados se paseaban por las escaleras y consumían droga en la azotea, tanto que el humo se metía por los balcones descubiertos siendo necesario colocarse un paño húmedo sobre la nariz para no asfixiarse con el olor mientras en el sótano la venta se afianzaba cada día más.

Todas estas circunstancias daban pie a Norberta para no mudarse definitivamente al edificio. Julián estrechó fuertes lazos de amistad con las mujeres de abajo quienes formaban grandes algarabías en la puerta con licor, música y drogas. Julián también participaba. Norberta no tenía un sitio fijo donde residir. Vivía alquilada y aún así no se atrevía a establecerse en ese espacio. Vio como Julián cambió su forma de ser. Ahora tenía una actitud más machista e intransigente. Solo él quería tener la razón y tomar las decisiones del hogar. Sin embargo, llegó el momento en el cual Norberta debía ocupar junto a los niños su espacio, pues se lo habían cedido solo por ellos. Y así lo hizo.

Día 1330

Permanecer en el edificio era un sacrificio grande. Los hijos de Norberta le comentaban lo incomodo que se sentían entre tantas personas extrañas que hacían cosas nunca vistas por ellos. Ella los mantenía encerrados para que no vieran aquellas escenas. Solo salía el hijo mayor de trece años, pues cursaba segundo año

en el liceo Gran Mariscal; por supuesto, Norberta estaba atenta en cuanto él llegaba. Procuraba volver lo más pronto posible del preescolar donde trabajaba para no descuidar a sus hijos en un ambiente tan hostil, nunca antes vivido por ellos.

Evarista, la madre de Julián, llegó con una taza grande, hermética, llena de comida. Estaba totalmente ebria. Se sentó en la cama al lado de Norberta y la insultó con palabras obscenas mientras repetía constantemente:

—... en mala hora nació esa niña, María del Valle, ni será de mi hijo...

Julián se encontraba en el tercer piso y bajó en ese instante. Norberta le puso en conocimiento la actitud de su madre y, por primera vez en mucho tiempo, le exigió darle un lugar de respeto dentro de su disfuncional familia. Él se exaltó:

—¡Cállate! –gritó fuera de sí.

Empujó a su madre ebria sobre la cama y seguidamente se encaminó hacia Norberta con furia desmedida, la empujó contra la pared y la hizo caer sobre el piso, golpeándose sus caderas, y le produjo una fuerte hemorragia debido a que se encontraba en los días menstruales. Como pudo, se levantó, abrumada, desconcertada. De inmediato recogió sus cosas, las de sus hijos y se fue mientras él le rogaba que no se marchara.

Día 1360

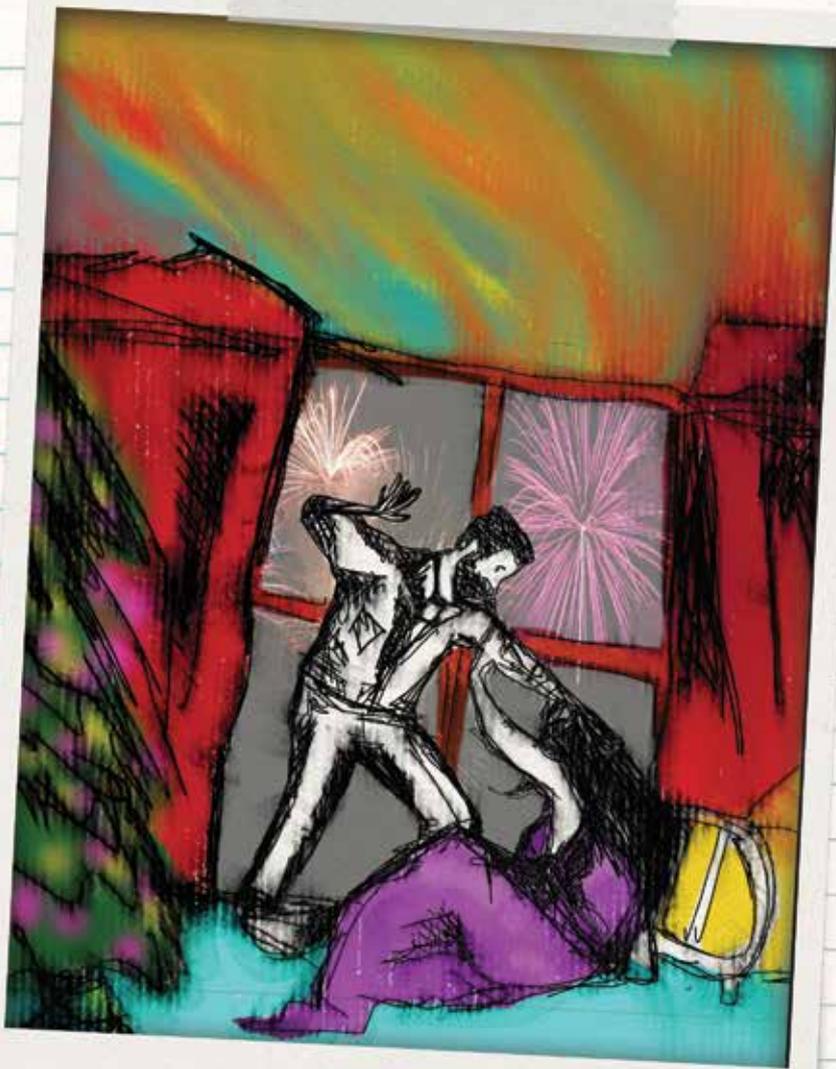
El espejo gris ordenaba a Norberta volver a su espacio junto a su marido, obligándola a no dejar de lado la insistencia de Julián por verla, desde el momento en que se marchó de su lado.

—Esa es tu casa, se la dieron por tus hijos y los documentos introducidos están a tu nombre y de tus hijos, Norberta, ¡toma tus cosas y vete ya!

—¡No!, ¡de ninguna manera! Va a volver allá para recibir más insultos y golpes de un hombre incapaz de defenderla de su propia familia. Además en un sitio donde venden y consumen drogas –replicaba el espejo rosa.

—Ese fue el sitio que le buscó su marido y allí debe estar. Debe ser una buena mujer –insistía el espejo gris.

Norberta lloraba desconsolada. El espejo gris la llamaba más al deber, donde el silencio era la única vía para un hogar feliz; mientras el espejo rosa le mostraba la necesidad de no reprimir sus sentimientos y expresar su descontento, sin soportar golpes y maltratos. Julián la llamaba constantemente, le escribía, prometía no volver a hacer cuanto hizo, prometía cambiar. Ella no pudo más y dejó de nuevo en Valencia el regazo de sus familiares maternos para volver a Caracas junto a él.



Día 1419

Julián volvió malhumorado del trabajo. Apenas hace cuatro horas había salido y ya a las nueve de la mañana estaba de vuelta. Llegó dando órdenes, gritando. Los niños observaban asustados en un rincón. Sin dar explicación golpeó a Norberta y, tomándola por el cuello, amenazaba con lanzarla por el balcón, hacia allá la arrastraba. Ella luchaba por evitar llegar. Sentía su respiración cortarse, se asfixiaba. Con esfuerzo pudo soltarse y cayó al piso. Los niños gritaban. Julián sacó del espacio todo el mobiliario de tercera que había conseguido –colchones, literas, mesas, sillas, televisor, ventiladores, gabinetes, cocina, bombona, lavadora, nevera, entre otras cosas– y lo llevó abajo con sus amigas del sótano. Fue entonces cuando Norberta supo que la mujer, que ahora fungía como coordinadora del edificio y vendía drogas con su hermano, era la amante de Julián. A ella le entregaba el dinero que correspondía al hogar. Ya para ese entonces, Norberta era quien sostenía a la familia. Esa noche durmió en el piso con sus hijos, dos de sus vecinas más allegadas le llevaron algo de comer, pues la niña pequeña lloraba. Le aconsejaron denunciar a Julián por tantos maltratos, pero la coordinadora del edificio subió por la mañana hasta su espacio y la amenazó con enviarle a sus amigos delincuentes para golpearla; por la tarde volvió a subir acompañada de otra hermana, cuyo marido estaba en prisión y con el hermano vendedor de drogas: estaba armado y profiriendo otra amenaza de muerte contra Norberta y sus hijos si osaba denunciar a Julián. Le ordenaron abandonar el edificio.

—¡Tú no vas a denunciar al pana Julián! ¡Yo vendo mi vaina y cargo mi pistola! ¡Si lo denuncias, te mato, perra! –amenazó el hermano delincuente mientras la coordinadora y su otra hermana hacían lo mismo.

Volvió de nuevo a Valencia. Todo era muy traumático. Estaba decidida a no volver. Julián le había quitado sus electrodomésticos, todas sus cosas. No le dejó ni la cocina para preparar los alimentos de los niños. Julián se dedicó a llamarla con frecuencia para pedirle volver, según él ya había llevado de nuevo las pertenencias de Norberta a su espacio en el edificio. Le pidió perdón y prometió, de nuevo, cambiar. Ella lloraba frente a sus dos espejos en casa de sus familiares maternos, no quería continuar ese infierno, no quería a sus hijos en medio de tantos maltratos y no quería vivir en medio de tantas personas malsanas. Sin embargo, afrontaba

ahora una duda. Las náuseas y constantes mareos la obligaron a hacerse una prueba de embarazo. Salió positiva: estaba embarazada. El conflicto entre dejar para siempre a Julián y mantener junto a su padre a su hija menor y ahora al que esperaba, la mantuvo en zozobra desde el momento en el cual se enteró del embarazo:

—No te ofusques, mi niña, te vas a enfermar –suplicaba el espejo rosa.

—Debes hacerle caso a tu marido y volver con él. Dile de tu embarazo, allá están tus cosas, hasta la ropa de tus hijos. Allá estudian, ¿caso piensas dejarlos perder el año escolar? Lo que pasó entre ustedes pasa en todas las parejas. Debes perdonarlo y volver con él.

—No lo hagas, mi niña. ¡Ese hombre te va a matar! Cuando vuelva a agredirte, cuando vuelva a enviar a esa gente a molestarte...

Norberta colocó sus manos sobre su cabeza, desconsolada. No pasaron muchos días para que ella creyera en él de nuevo. Volvió al edificio donde Julián la esperaba ansioso. A pesar de sus problemas de conducta, él amaba tenerla ahí, junto a él, quería estar junto a su hija, junto a su mujer. Conversaron largo rato hasta bien entrada la madrugada. El tiempo se les fue entre besos, manifestaciones de amor y entregas desbordadas de pasión. Se habían reconciliado.

Día 1446

Julián había estado agresivo los últimos días. Norberta no era una gran cocinera, pues al dedicar muchos años de su vida al estudio, no aprendió a perfeccionar el arte de la cocina, aunque se esforzaba por hacerlo bien. Con frecuencia su marido se quejaba de esto. Llegaba de cualquier lugar, de sus trabajos ocasionales –de los que, aunque ganaba bien, no aportaba nada al gasto del hogar–, tiraba su bolso y bajaba rápidamente al sótano a compartir con su amante y la familia de ella. Era una situación casi insostenible para Norberta. Él la buscaba íntimamente, ella cumplía su deber a este respecto, pero con gran esfuerzo, pues el concentrado olor a cigarrillo en la boca y dedos de Julián le producían deseos intensos de vomitar, no estaba acostumbrada a ello. Entre más dilatara el momento de estar con él en la intimidad, para ella era mejor.

Por la mañana Julián llamó preguntando un absurdo:

—¿Y el cigarrillo que estaba debajo del colchón?, ¿lo guardaste?

—No, ¿por qué habría de guardar un cigarrillo a la mitad, todo aplastado. Es basura, ya limpié y todas las colillas las puse en una bolsa.

—¿Ya bajaste la basura? –preguntó preocupado.

—No, aun no; dentro de un rato la bajo.

—No bajes la bolsa de las colillas –ordenó.

—¿Por qué? –preguntó Norberta.

—Porque no y punto. –Calló por un momento para luego decir más calmado–: Es un cigarrillo para espantar los zancudos, es todo.

—Bueno, si quieres, lo busco para guardarlo –sugirió.

—¡No! –gritó para luego volver a calmarse–. Yo lo busco apenas llegue, es venenoso para los zancudos, a lo mejor te hace daño agarrarlo –colgó.

Norberta sintió un fuerte dolor en el vientre luego de limpiar. Se recostó sobre la cama y pudo ver que sangraba. Era mediodía. Aunque Julián no acostumbraba llegar a esa hora, ese día regreso temprano. Ella se paró con dificultad a recibirlo haciendo gestos de dolor por la intensa punzada en su vientre.

—¡Estoy sangrando! –exclamó–. No es abundante todavía; pero, por favor, llévame al médico antes de que pierda al bebé.

Él dijo con voz fría y malhumorada:

—Yo no voy a llevar a nadie. Ve tú sola.

Norberta no podía ir sola, podía desmayarse en medio del camino.

—Llévame antes de que pierda al bebé. Todavía estoy sangrando poco, me pueden detener la hemorragia.

—Ya te dije que no voy a llevar a nadie –volvió a decir y vaciando la bolsa de las colillas, buscó entre todas el cigarrillo, lo encontró y se fue al sótano.

Ya daban las cinco de la tarde. El hijo mayor de Norberta –solo tenía trece años–, preocupado por el estado de salud de su madre, no sabía qué hacer. Caminaba de un lado a otro. En ese instante ella comenzó a sangrar más, muchos coágulos empezaron a caer al piso. Norberta le pidió papel y sabanas para limpiarse y cubrirse. Había perdido al bebé.

Julián subió a las siete. Vio todos los coágulos en el piso, a Norberta acostada, muy mal, pero no le dio importancia y se marchó de nuevo al sótano para regresar muy de madrugada y acostarse sin siquiera mirarla. Ella pasó la noche muy mal. Por la mañana, su hijo mayor la acompañó al hospital donde le hicieron un curetaje y a las diez de la noche volvió con su madre, la acostó y luego se durmió. Estaba muy cansado.

Día 1569

La navidad llegó alegre y colorida en la Gran Caracas, con la risa de los niños anhelando los juguetes, sugiriendo la ropa deseada. Hacía ya un mes Julián se había ido a trabajar a La Guaira para cubrir los gastos de la temporada decembrina. Llamó temprano para avisar de su llegada. Norberta sabía que Julián se molestaría al saber que los vecinos del piso instalaron el agua desde la tubería de afuera hacia sus espacios cerrando la toma exterior. Ahora Julián, Norberta y sus hijos tendrían que buscar el agua donde la señora de al lado. En efecto, Julián se enfureció al llegar y enterarse de esto. Nerviosa, Norberta tomó a los niños y les habló dulcemente, los abrazó y los besó. En ese momento llegó Julián.

El niño mayor se asomó al balcón, Julián lo llamó; le ayudó a subir algo envuelto en una gran bolsa negra. Los niños se emocionaron, pues él les había prometido comprarles monopatinas como regalo de navidad. Dejó las cosas adentro y se fue por el pasillo del piso, gritando e insultando. Los vecinos salieron tratando de explicarle que podía conectarse fácilmente, pues ya Norberta tenía comprados los tubos y conexiones respectivas. Intransigente, entró al espacio exigiéndole a su mujer salir a insultar a los habitantes del piso:

—¡Ve a reclamar! –gritó–, ¡eres una idiota, te dejaste quitar el agua!, ¡insúltalos!

Ella no lo hizo. Julián, furioso, le propinó un fuerte golpe en el pecho con el puño cerrado que la dejó sin respiración. Como pudo, tomó su niña pequeña entre los brazos y salió corriendo hasta llegar a las escaleras, sus otros hijos la siguieron. Ella bajó algunos escalones. Julián la estrelló contra la pared. La bebé se golpeó mientras la niña de ocho años gritaba aterrada. El hijo mayor de Norberta intentó detener a su padrastro asestándole con un palo por la espalda, pero este dándose media vuelta le propinó varios golpes para luego continuar agrediendo físicamente a su madre. Una vecina gritó:

—¿Tú estás loco?! ¡Vas a golpear a tu propia hija!

—¡A mí no me importa la hija ni nadie! –estaba fuera de sí.

Un grupo de niños y adolescentes abajo observaban y también le gritaban que no la golpeará más, pero él los insultó. Al fin la soltó y bajó como un demonio. La vecina tomó a Norberta, y la ayudó a subir, mientras abrazaba a la niña grande quien lloraba hecha un manojito de nervios.

—Ya vecina, cálmese. Entre con los niños –la vio adolorida–, descanse, tómese algo para el dolor.

Norberta agradeció y entró. Lloraba. Los niños empezaron a recoger todo, querían irse. Ella sentía el dolor de los golpes: no podía respirar bien por el golpe en el esternón que le propinó Julián; pero más le dolía su interior, le dolían sus hijos quienes en navidad debían salir de su espacio, su hogar, por la violencia de su marido. No tendrían una navidad feliz. Julián entró y vio a los niños empacar y arreglarse. Corrió a los pies de Norberta suplicándole que no se marchara, diciendo que se había equivocado. Ella no podía contener las lágrimas, un río entero salía por sus ojos.

—Si te vas ahora, me matas, negra –dijo Julián arrepentido–, perdóname, mi negra, por favor, no te vayas.

Largo rato pasó para convencerla, pues estaba decidida. Esa era su realidad y ahora, golpeada y adolorida, con tres niños y una bebé por las calles de Caracas, lo más probable era que cayera desvanecida en medio de la carretera poniendo en peligro a sus pequeños aunque al lado de Julián ya estaban en peligro. Solo pensó, no habló y se quedó. Ordenaron todo de nuevo. En las horas siguientes, Julián estaba extremadamente cariñoso, un hombre completamente distinto al que horas antes estuviera a punto de matarla a golpes. Norberta se sentó en el baño con la bebé entre sus brazos. Toda la tarde había llorado, sus ojos estaban hinchados. Julián la

levantó de allí. Ella llevó a la pequeña a la cama y él, tomándola por la cintura, la volvió a meter al baño donde la besaba con insistencia. Norberta lo rechazaba, no podía estar con él cuando solo horas antes descargó su furia en ella y en sus hijos. Por todos los medios intentó librarse de sus manos, pero fue imposible.

—Mi negra, mira cómo estás de linda. Mira cómo me tienes, anda, deja que te ame.

—¡No quiero! ¡Ahora no, por favor, por favor...!

Él no escuchó sus súplicas. Le levantó su vestido morado, el mismo que tantas veces le había quitado con dulzura, el vestido de las noches especiales entre ellos, pero ni eso fue suficiente para evitar que abusara de ella.

Norberta lloró amargamente. Su dignidad de mujer había sido pisoteada, humillada, ultrajada.

Se bañó tratando de quitar de su piel el terrible momento vivido, pero fue imposible. La escena pasaba por su mente una y otra vez. Se sentía sola en un universo paralelo donde los demás, derrochando placeres y drogas y disfrutando de su delincuencia, hacían caso omiso de su realidad. Se refugió en sus hijos. Toda la tarde compartió con ellos, con más cercanía que de costumbre. Julián les dio dinero para comprar hamburguesas y el niño mayor fue cerca de dos cuerdas a comprarlas, entre tanto él se quedó con Norberta tomándola de las manos y hablándole dulcemente:

—Negra, yo sé que me equivoqué otra vez, pero voy a cambiar. Esto no va a volver a pasar. Yo sé que... hace mucho tiempo no compro ni un paquete de pañales para mi hija. He sido un perezoso... no he querido esforzarme por el hogar... no te doy dinero... pero yo voy a cambiar.

Ella lo miraba escéptica. Había escuchado ese discurso muchas veces con pésimos resultados, sin embargo estuvo atenta a cada una de sus palabras. Ya en su interior una decisión era firme: dejaría a Julián.

Durante largo rato él se esforzó por hacer como si nada grave hubiera pasado. Se acostó en la cama y la atrajo hacia sí hasta llevarla sobre su pecho y del otro lado colocó a la pequeña María. A él le gustaba tenerlas así. Norberta se estremeció. Ya era tarde.

Día 1599

Muy cansada de los quehaceres, Norberta reposaba en la cama. Era de noche, pero aún permanecía despierta. Había procurado sumergirse en el cotidiano mundo de un ama de casa, fingiendo ser feliz para no hacer molestar a su marido. Ya no trabajaba. Julián la humillaba constantemente diciéndole que esa no era su casa, sino de él y que ella no tendría nada si no fuera por él e hiriéndola con frases como “¡Tú no sirves ni para hacerme una comida!”. Además hablaba con su amante frente a ella, sin ningún desparpajo.

Él llegó malhumorado, preguntando por una cédula que su amante –y expendedora de droga– le había entregado por la tarde. Norberta no sabía nada sobre eso, esa cédula de la cual hablaba, él mismo aseguró haberla perdido meses antes. Buscó de forma violenta el documento de identidad, no lo consiguió y descargó de nuevo su furia sobre ella, luego se sentó al borde de la cama y llamó a su amante. Norberta miró a sus dos espejos. Estaban frente a ella, podía ver su rostro perfectamente en ambos, ellos vieron una expresión desconocida en su rostro. Aunque aún sentía el dolor en el pecho a causa de la paliza que su marido le había dado en navidad, se levantó enérgica y gritó:

—¡Vete! ¡Vete de aquí! ¡Fuera!

Julián la miró sorprendido. Hacía mucho tiempo no la veía así. Se marchó profiriendo insultos. Al día siguiente, la sobrina de su amante fue a pedir sus cosas: Norberta se las dio sin problemas. Por la noche, la coordinadora del edificio y amante de Julián subió junto a su hermana intentando derribar la parte alta de uno de los lados del espacio, la parte que aún no tenía pared, solo tablonces de cartón piedra –pues ya Norberta había cerrado con bloques casi todo ese lado del espacio– e intentó meter a un hombre con el propósito de violentarla sexualmente. Norberta tomó un cuchillo y les gritó que se marchasen, mientras ellos borrachos y drogados continuaban en su intento por entrar a hacerle daño. También se encontraba con ellos el hermano vendedor de droga.

—¡Te vas de aquí! ¡Te vas por las malas! ¡Y no te vas a llevar nada de aquí, ni la ropa de tus hijos! ¡Apenas Emilio entre –hablaban del hombre que intentaba derribar la pared–, te va a violar y te vas a ir de aquí! ¡Julián sabe que estamos aquí y no te va a defender!

Norberta tomó a sus hijos mayores que se habían despertado con los gritos, a sus dos espejos que dormían a su lado en la cama esa noche, cargó a la pequeña María y corrió por el pasillo hasta llegar frente a la puerta de su vecina, tocando y gritando desesperada. La vecina abrió rápidamente: ella también escuchó a las mujeres que intentaban que aquel hombre violentara sexualmente a Norberta, pero no se atrevió a salir por miedo. Recibió a su vecina y la cobijó hasta el amanecer.

Norberta salió del edificio con sus hijos y sus dos espejos, llevando a la pequeña María entre sus brazos. Tomó un taxi y se dirigió al Ministerio Público. En la entrada, el espejo gris intentó convencerla de regresar:

—No te vayas de tu espacio, esa es tu casa y todas tus cosas están ahí. ¡Regresa! ¡Debes ser una buena mujer!

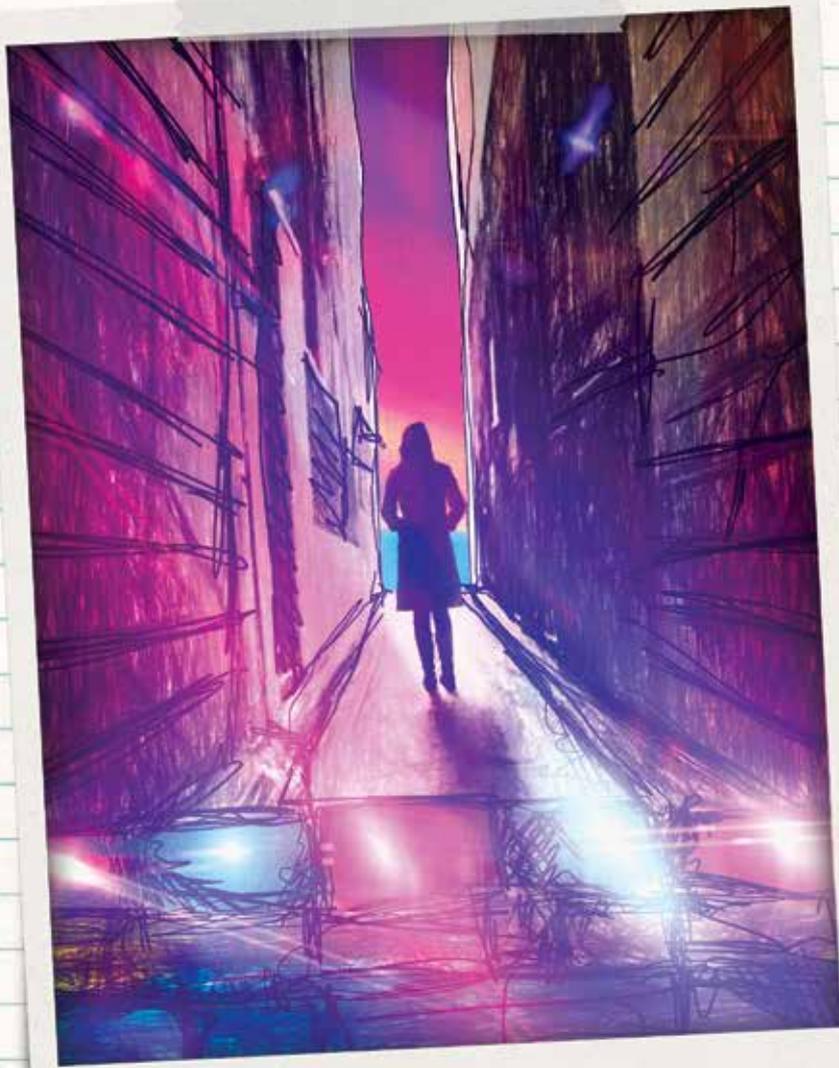
El espejo rosa miró a Norberta con una profunda ternura y ella vio en aquella mirada su más grande apoyo. Sus ojos se clavaron con furia en el espejo gris y lo lanzó contra el piso, rompiéndolo en mil pedazos. Las personas en la sala de espera voltearon de inmediato. Vieron a una mujer con tres niños a su lado, una bebé en sus brazos, un espejo roto y otro que apretaba fuertemente en su mano. Un fiscal se acercó a ella y le preguntó:

—¿Qué pasa, señora? ¿Le pasa algo? ¿A qué ha venido?

Ella lo miró fijamente y respondió, descubriendo su dignidad en aquella respuesta:

—¡Vine a romper el silencio!

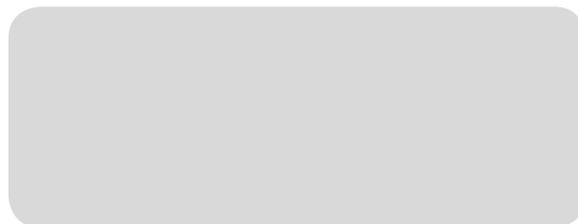
Vi las luces de las patrullas que iluminaban en derredor. La calle se agolpó de miradas curiosas. Todos salieron de sus espacios para ver qué pasaba. Yo, de pie sobre la acera, sostuve con estremecimiento a mi hija menor, mientras mis otros hijos me rodeaban. Con el rostro compungido y confuso, Julián salió del edificio, esposado y acompañado por dos oficiales. En una búsqueda desesperada sus ojos buscaron los míos dirigiéndome una mirada penetrante mientras entraba al vehículo. Gruesas lágrimas se deslizaron por mis mejillas. Tuve una sensación de desconcierto mezclada con tristeza y desilusión. Algo casi inexplicable: ¡estaba hecho!



Edición Digital

agosto de 2016

Caracas - Venezuela





Norberta y sus dos espejos expone el mundo y los modos de vida de una mujer, marcados, entre otras violencias, por la pobreza. Norberta es la expresión de muchas mujeres signadas por la articulación de este fenómeno con la agresión sexista, en lo físico, simbólico y patrimonial. Los encuentros y desencuentros, los traslados y la preocupación por el bienestar de sus hijos e hijas se acompañan de los comentarios, reflexiones y sugerencias de dos pequeños espejos: uno gris, conciencia conservadora, y uno rosa, conciencia emancipadora. Este es un texto necesario para la transformación de una sociedad patriarcal que aísla y despolitiza la complejidad de la violencia basada en género. Representa una apuesta liberadora para quien escribe, sensibilizadora para quien lee y esperanzadora para quien se encuentre en los tránsitos de estas situaciones.

Adileth Márquez Díaz

Licenciada en Educación por la Universidad Bolivariana de Venezuela, ha participado en diversas experiencias formativas en materia cultural y literaria. Se dedica a facilitar talleres comunitarios de poesía y literatura. Su obra aparece por primera vez en la antología *Atisbando llamaradas*, publicada en 1998 por el Conac y el Centro Literario de Cabimas (estado Zulia). Ha participado en encuentros de artistas y recitales en Venezuela, Trinidad y Tobago y Cuba y ha publicado en diferentes revistas de cultura de nuestro país. *De los niños grandes y los niños chicos* es su última publicación, hecha por nuestra casa editorial, capítulo Cojedes, en el 2014. Su experiencia de vida le ha llevado a escribir este texto para incursionar en el ámbito de la prevención de la violencia de género hacia las mujeres.

